

LA LEYENDA DEL ALCAZAR DE SEGOVIA

El Alcázar de Segovia, sin duda el más bello de los castillos españoles y uno de los más bellos de toda Europa, tiene muchas leyendas, cuyo recuerdo acrece el encanto de su contemplación, pero, sobre todas, pesa una leyenda negra que motiva el que muchas personas miren la gallardísima silueta que avanza como un navío con el espolón sobre el Eresma, con cierto desdén. «El Alcázar—dicen algunos que presumen de bien enterados—fué destruído por un incendio en tiempo de doña Isabel II y restaurado por un discípulo español de Viollet-le-Duc. Lo que hoy queda no es sino un *pastiche*, con el que se quiso imitar los castillos del Rhin.»

Todo esto es absolutamente falso, y basta examinar los numerosos documentos gráficos que se conservan del castillo regio, a partir del siglo XVII, para darse cuenta de que su aspecto actual es casi idéntico—mejorado, a veces, por supresión de detalles inoportunos—al que ofrecía antes del ponderado siniestro. Es cierto que el Alcázar sufrió un gran incendio en 1862, pero un castillo medieval, con muros de piedra que alcanzan en diversos puntos varios metros de espesor, no puede arder. Se destruyeron las cubiertas, salvo los chapiteles de pizarra de dos de las torres, y ardieron las maravillosas techumbres policromadas y doradas, que cubrían las estancias de la crujía del Norte, pero la interesantísima estructura permaneció íntegra y espera que se haga de ella un estudio a fondo. El fuego respetó en gran parte las yeserías, obra maestra de alarifes moriscos, de las salas «del Pabellón», de «la Galera» y de «las Riñas», que han estado cubiertas muchos años por los legajos del Archivo General Militar, y que en nuestro tiempo han sido restauradas. Si es cierto que el incendio hizo desaparecer tesoros inapreciables, también lo es que sacó a luz muchas cosas que estaban ocultas: los ventanales románicos de la torre «del Homenaje» y las ventanas geminadas, con pinturas moriscas en el grueso